

niente. Vimos tambien que la Academia de ciencias de Berlin avanzó hasta fundar un premio para quien demostrase que la causa física de los fenómenos pertenecía á la naturaleza orgánica. La Cámara legislativa de la nacion mas positivista del mundo moderno, la Union Americana, no pudo hacerse sorda á la respetable exposicion de catorce mil de sus ciudadanos que demandaban su intervencion por lo que miraba al esclarecimiento y solucion del problema que de tan extraña manera se habia planteado; y toma parte en esa tarea, á ejemplo de lo que habían hecho las testas coronadas del viejo continente.

Las asociaciones científicas, en pequeños y grandes círculos, se multiplicaron. Y despues de haberse fundado la famosa de la *Armonía*, podian contarse por millares las que se siguieron fundando en las mas importantes ciudades del globo.

No faltaron asociaciones religiosas que no solo reconocian y reconocen la verdad de tales hechos, sino que ellos son como sus *sacramentos* y la parte ceremonial de su culto. Allí está la *Iglesia de la Nueva Jerusalem*, de que fué primer gefe Swedemborg, tan extendida en Suecia y en América. En 1844 se contaban en esta última

44 congregaciones de swedemborguistas. A este género de asociaciones corresponden las sociedades espíritas, (como la del "Círculo de la Luz" de esta ciudad de México) que en gran número se hallan establecidas en ambos continentes. Para ellas el espiritismo es una *nueva religion*, y los prodigios que le atribuyen un medio de comunicacion *con los otros mundos*, á la vez que un medio eficacísimo de propaganda. No es de extrañarse, pues, que sean los mas empeñosos defensores de la realidad de aquellos.

Si á todo esto, que es mucho, se añaden las fundaciones de dispensarios magnéticos y de hospitales, que se llevaron á cabo, precisamente para palpar los resultados prácticos del *agente* maravilloso y aplicarle á la curacion de las enfermedades, en Europa como en América, no es posible abrigar ya dudas; se hace preciso proclamar en alta voz la verdad histórica de los hechos por extraordinarios que parezcan.

Semejantes fundaciones son monumentos elocuentísimos, de tan decisiva autoridad, que no puede haberla mayor. Terquedad seria resistirla; y absurdo pretender explicar de otra manera que los mismos monumentos explican, el origen que tuvieron y los motivos porque sus fundadores pusieron la primera y última piedra en ellos.

No es ménos poderoso el argumento que se apoya en esa multitud de periódicos establecidos con el exclusivo fin de consignar diariamente los mas extraños fenómenos, y en ese gran número de obras que se han escrito sobre la materia desde 1778 hasta el presente. Pasan de dos mil los libros, segun los redactores de la *Civiltà Catholica*, y con ellos se podria formar una biblioteca de no pequeño valor.

Ahora bien, los periódicos y los libros, aunque escritos por este ó por aquel individuo, son la voz genuina de la sociedad, el órgano ordinario por donde esta expresa sus creencias, sus opiniones y hasta sus sistemas. Los periódicos y los libros no se escribirían, si no hubiese consumidores y muchos, que sostuviesen los primeros y á cuyas expensas fueran impresos los segundos. ¿Podrá creerse que haya quienes gasten su dinero solamente porque se les refieran quimeras y fantasías? Esto sucederia una vez pero no dos ni tres; sucederia por una semana, por un mes, pero no por el espacio de casi un siglo.

No hay duda; todo nos pone en la necesidad de admitir la realidad de los fenómenos mágico-espiritistas, ó bien de renunciar para siempre á la infalibilidad del criterio histórico, del criterio moral, del criterio de los sentidos, y, en suma, de todos los criterios.

Si no son ciertos, si no están comprobados estos hechos, puede afirmarse que no hay hecho cierto, ni comprobado en toda la redondez de la tierra. Si no creer en ellos es razonable ¿para qué hablar de testimonio de los hombres, ni de fe humana? Si no hemos de creer porque no hemos sido testigos presenciales, no creamos que existe Pekin, ni San Petersburgo, Roma, ni Paris, pues jamás hemos pasado las fronteras de la República. No creamos tampoco que existieron Nínive y Babilonia, Tébas y Ménfis, Homero y Sanconiaton, Alejandro y Darío, Aníbal y Escipion, pues la existencia de aquellas célebres ciudades y de estos grandes hombres no cuenta en su apoyo con la milésima parte de los fundamentos que los hechos cuya realidad queda, en nuestro concepto, demostrada.